***Adversidades, No Castigos***

**Newton Peña**
**28 de Febrero, 2010**
Iglesia Bautista de la Gracia
**Santiago, República Dominicana**

"En este mismo tiempo estaban allí algunos que le contaban acerca de los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos. Respondiendo Jesús les dijo: ¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los hombres que habitan en Jerusalén? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente." -- *Lucas 13: 1-5*.

En todas las épocas de la historia de la civilización del hombre han ocurrido calamidades. Pero hay entre ellas algunas que fijan más que otras la atención de todos ya sea por el número de muertos, por lo trágico del suceso o por el drama humano envuelto.
Es una tendencia del hombre, aun de buenos cristianos, el atribuir como la causa de ellos juicios divinos directos sobre estos eventos. (Juan 9:1-2) La conciencia moral del hombre piensa que una gran catástrofe es la consecuencia ineludible de un gran pecado como parte de la manifestación de la indignación divina. (Rom 1:18)

Pero, a pesar que uno pudiese llegar a convencerse de esto, la realidad bíblica es que Dios no nos ha dejado la potestad de discernir esto en su Providencia.
Esto lo vemos manifestado en este texto en el cual Cristo siendo abordado sobre ciertos eventos terribles que habían ocurrido entre los judíos, no alimenta esta idea, sino que lo lleva en otra dirección.

El año 2010 es ya notorio por ser un año marcado por calamidades. Aun la persona más impasible ha sentido dolor y espanto, por la cantidad tremenda de muertes que recientemente han ocurrido en Haití, y ahora en Chile.

Lo cierto es que una gran calamidad no prueba un gran desagrado o juicio de Dios.

Lucas 13 Menciona a dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé; así como el relato de un gobernante despótico, que lleva las vidas de los hombres colgadas de su cinturón como si fueran las llaves de su palacio. No piensen, entonces, que esta es una época en la que Dios está tratando más duramente con nosotros que antes. Sólo aprendamos a confiar en Él, y no tendrán ningún temor a la muerte inesperada; "**Gozará él de bienestar, y su descendencia heredará la tierra."**

El tema particular de esta mañana, sin embargo, es este: el uso que debemos encontrar para estos terribles hechos que Dios está escribiendo con letras mayúsculas en la historia del mundo. Dios ha hablado una vez, sí, dos veces; que no se diga que el

hombre no prestó atención. Hemos visto solo un chispazo del poder de Dios, "**Prestad atención al castigo, y a quien lo establece**;" y al prestar atención, hagamos dos cosas.

**Primero, no seamos tan insensatos como para sacar la conclusión a la que llegan las personas supersticiosas:** esa conclusión que está sugerida en el texto, es decir, que quienes son víctimas de calamidades como estas, son pecadores por encima de todos los pecadores que habitan en el lugar. **Y, en segundo lugar, lleguemos a la conclusión apropiada y correcta; hagamos un uso práctico de todos estos eventos para nuestra propia mejora personal**; escuchemos la voz del Salvador que dice: "**No; si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente."**

**I- LA EXPLICACION DEL TEXTO**

En nuestro texto Cristo habla de dos sucesos principales:

**1- LA MASACRE DE LOS GALILEOS POR PARTE DE PILATO**.

Pilato, fue el gobernador romano que entregó a la muerte a Jesús habiéndose lavado las manos. No se sabe con certeza a que galileos se refería, pero lo que sí sabemos es que Pilato era un hombre cruel y sanguinario. Al parecer mató a algunos galileos en el momento en que ofrecían sacrificio a Dios.

**2- LA TRAJEDIA DE LA TORRE QUE SE CAYO.**

Al parecer esta torre se encontraba junto al estanque de Siloé. A Este estanque eran llevados todos los enfermos porque Dios enviaba sanción entre ellos cada cierto tiempo. Este lugar que había sido instrumento de vida para muchos, se convirtió de repente en un instrumento para muerte

**II. Primero, entonces, TENGAMOS MUCHO CUIDADO DE NO SACAR UNA CONCLUSIÓN APRESURADA E IRREFLEXIVA ACERCA DE ESTOS TERRIBLES ACCIDENTES: QUE QUIENES LOS SUFREN, LOS SUFREN POR CULPA DE SUS PECADOS.**

Hay quienes han comentado que quienes murieron en Haití, y ahora en Chile, fallecieron de este modo tan terrible como un juicio de Dios sobre ellos; que debe considerarse un castigo notable de la ira de Dios en contra de esas personas.

Yo pregunto acerca de esas personas que fueron aplastadas por los escombros, ¿piensan ustedes que los de Haití eran mayores pecadores que todos los pecadores? "**No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.**" O los que murieron ayer en Chile, ¿piensan ustedes que ellos eran mayores pecadores que todos los pecadores que estamos aquí en República Dominicana? **"No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente."**

Ahora, no se puede negar que han existido ocasiones en que han habido juicios de Dios sobre personas particulares debido a su pecado; hemos oído, en nuestra propia experiencia, que ciertos hombres han blasfemado a Dios y lo han desafiado a que los

destruya, y han muerto repentinamente; y en tales casos, el castigo ha seguido tan rápidamente a la blasfemia que era imposible no ver la mano de Dios en ello. El hombre había pedido perversamente el juicio de Dios, y su petición fue escuchada y vino el juicio.

También existe lo que se puede describir como los juicios naturales. Ustedes ven a un hombre vistiendo harapos, pobre, sin hogar; ha sido un libertino, ha sido un borracho, ha perdido su dignidad, y no es sino el justo juicio de Dios sobre ese hombre que se esté muriendo de hambre, y que sea desechado entre los hombres. También pueden verse en los hospitales terribles ejemplos de hombres y mujeres víctimas de enfermedades fruto de su perversión; No podríamos negar que hay un juicio de Dios sobre esas concupiscencias impías y licenciosas.

Y lo mismo puede decirse en muchos casos donde hay un vínculo tan claro entre el pecado y el castigo que hasta los hombres más ciegos pueden discernir que Dios ha convertido a la Miseria en la hija del Pecado. Pero en casos como el Haití y Chile o en casos de muerte repentina sería aventurado decir que quienes perecen así, son mayores pecadores que todos los pecadores que sobreviven sin sufrir ningún daño.

Ahora bien, no estamos disminuyendo la gravedad del pecado en que están las naciones e individuos. Pero sería apresurado considerar cada calamidad como un juicio.

La providencia visible de Dios no hace distinción entre las personas: ¿Acaso no ha caído muerto un perverso en un motel así como un pastor en el púlpito? ¿No se han hundido barcos misioneros de la misma manera que se han hundido otros llenos de pecadores desenfrenados?

El camino de justicia a menudo ha conducido a los hombres al tormento, a prisión, al patíbulo y a la hoguera; mientras que el camino del pecado a menudo los ha llevado al imperio, al dominio y a la alta estima de los demás. No es cierto que sea en este mundo donde Dios castigue a los hombres por su pecado, y los premie por sus buenas obras. Pues, ¿acaso no dijo David: **"Vi yo al impío sumamente enaltecido, y que se extendía como laurel verde?"** Y ¿no dejaba esto perplejo al Salmista durante un tiempo, hasta que fue al santuario de Dios, y entonces entendió el fin de ellos? (Salmo 73)

la providencia no discrimina externamente entre el justo y el impío; que el justo perece inesperadamente al igual que el impío; que la peste o un terremoto no conoce diferencias entre el pecador y el santo.

**Pero, en segundo lugar**. La idea de que, siempre que ocurre una catástrofe, debemos considerarlo como un juicio de Dios, haría que la providencia fuera, en vez de un abismo grande, un charco muy superficial; sería algo tan simple como que dos más dos son cuatro. Si la providencia es algo que puede ser entendido, evidentemente no es la idea de providencia de la Escritura.

La Escritura nos enseña que la providencia es un abismo grande en el que el intelecto humano puede aventurarse a nadar, pero no puede encontrar ni el fondo ni la orilla; y si

tú o yo pretendemos que podemos encontrar las razones de la providencia, sólo demostramos nuestra insensatez tratando de entender los caminos de Dios.

Supongan por un momento que hay en el cine una película y que ustedes entran y en dos minutos dicen “ya entiendo la obra y sé de qué se trata”¡no sería esto insensato?¿Acaso no saben que las grandes transacciones de la providencia comenzaron hace miles de años? Y ustedes vinieron a este mundo hace treinta o cuarenta años u 80 años, y han visto a un actor en escena, y ustedes dicen que ya entienden la obra. Claro que No la entienden; apenas han comenzado a conocer. Únicamente Él conoce el fin desde el principio, únicamente Él entiende cuáles son los grandes resultados, y cuál es la grandiosa razón por la que el mundo fue hecho, y por la que Él permite que ocurra tanto el bien como el mal. Equivale a degradar la providencia, y bajar a Dios al nivel de los hombres, cuando pretendemos que podemos entender estas calamidades y descubrir en ellas los designios secretos de su sabiduría.

**Una idea así alentaría el fariseísmo**. Si Estas personas que murieron aplastadas bajo los escombros eran peores pecadores que nosotros, entonces nosotros debemos ser unas personas excelentes; ¡qué excelentes ejemplos de virtud! Nosotros no hacemos las cosas que ellos hacían, y por esto Dio nos dejo con vida a nosotros y a ellos no. sobre esta suposición podemos catalogarnos como favoritos de la Deidad.

Pero, ¿no sería el estar con vida sería un argumento para hacernos cristianos y que somos regenerados? Nunca leerás en las Escrituras, "Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, porque estamos vivos después de un terremoto."

Dios nos libre que al contemplar los cuerpos mutilados de las víctimas digamos esa expresión llena de orgullo: "Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres." Podrían ustedes ir y susurrar al oído de una viuda: "su esposo era peor pecador que el resto de los hombres, por eso murió." No, no, no, ese no es el espíritu de Cristo. Aunque podemos agradecer a Dios porque somos preservados, más bien deberíamos decir: "Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos," Si hemos sido preservados es **únicamente** porque Él ha tenido misericordia, y ha sido muy paciente para con nosotros, no queriendo que perezcamos, sino que nos arrepintamos, que nos ha librado de la tumba.

Cada calamidad no es un juicio de Dios. Cierto es que El es justo; y si Él es justo, Él debe castigar el pecado; Pero El no lo hace en este mundo. Pues “**un mismo suceso acontece tanto al justo como al impío**” (Ecles 9:2) .y puesto que no lo hace en este mundo, debe haber otro estado en el que los hombres recibirán justa retribución: los que han sembrado para la carne, de la carne cosecharán corrupción, mientras quienes han sembrado para el Espíritu, del Espíritu cosecharán vida eterna.

**III. ¿QUÉ USO, ENTONCES, DEBEMOS HACER DE ESTA VOZ DE DIOS QUE ES OÍDA EN MEDIO DE LOS GRITOS AGUDOS Y LOS GEMIDOS DE LOS MORIBUNDOS?**

Cristo lo aplica haciendo un llamado al arrepentimiento. **“Si no os arrepentís**…”

Aprendemos que:
1- **La universalidad de la advertencia**: " **todos..**," **Todos merecemos perecer tanto como ellos**.
Si Dios estuviese tratándonos conforme a lo que merecen nuestro pecado, hace tiempo que Dios estuviese mezclando nuestra sangre con los sacrificios de su justicia.
Debería moderar nuestra censura a los demás el hecho de que no solo somos pecadores, sino también grandes pecadores. Tenemos tanto pecado como ellos de qué arrepentirnos.
2-**Que todos debemos estar preocupados por arrepentirnos**.
Las calamidades y adversidades son bocinas de Dios llamándonos al arrepentimiento.
3-**El arrepentimiento es el camino para escapar a la destrucción de este mundo.** Así la iniquidad no sería tu destrucción.
4- **Que si no nos arrepentimos todos pereceremos como ha sucedido con otros antes**.
El mismo Jesús que nos llamó al arrepentimiento porque el reino de los cielos se había acercado, es aquel que también dice "**si no os arrepentís todos pereceréis…"**
Así que Cristo ha puesto delante de nosotros la vida y la muerte; el bien y el mal. Escoge pues la vida para que vivas.

**IV- USOS**: Primero, preguntas, y segundo, una advertencia
**La primera pregunta** que debemos hacernos es la siguiente: "¿Por qué no puede sucederme a mí lo que les sucedió a ellos? ¿Tengo algún amparo especial que me garantice que no moriré trágicamente?
**La segunda seria** "¿Acaso no soy un gran pecador como esos que murieron? ¿No hay en mí, pecados contra el Señor mi Dios? Si en pecados visibles, quizás otros me han superado, ¿acaso no son malvados los pensamientos de mi corazón?
Entonces En vez de pensar en sus pecados, debo pensar en mis propios pecados. En lugar de especular en su culpa, debo volver mis ojos hacia mi interior, y considerar mi propia trasgresión, por la cual debo responder personalmente ante el Dios Altísimo."

Puesto que yo estoy expuesto a la misma calamidad, la siguiente pregunta es, "¿me he arrepentido de mi pecado? Yo no necesito estar investigando si ellos se han arrepentido o no: ¿He sentido, por medio del poder de convencimiento del Espíritu Santo, la negrura y la depravación de mi corazón? ¿He sido guiado a confesar ante Dios que yo merezco Su ira, y que Su desagrado, si se posa en mí, será mi justo pago? ¿He sido lavado en Su sangre? Pues si no es así, estoy en tan grave peligro como ellos lo estaban, y puedo ser cortado tan repentinamente como ellos.

¿Estoy preparado para morir? Si debajo de mí se abrieran ahora las fauces de la muerte, ¿estoy preparado con confianza para atravesarlas, porque Dios está conmigo? Este es el uso correcto que podemos hacer de estos accidentes; esta es la manera más sabia de aplicar los juicios de Dios a nosotros mismos y a nuestra propia condición.

Oh señores, Dios ha hablado a cada hombre durante estos últimos dos meses; Él me ha hablado a mí; Él les ha hablado a ustedes, hombres, mujeres y niños. La voz de

Dios ha sonado desde esta oscura providencia; Dios sigue hablado desde las toneladas de escombros aun sin remover debajo de los cuales todavía yacen cadáveres de hombres, mujeres, y niños. Y ¿qué ha hablado Dios? Él les ha dicho, "Por tanto, también vosotros estad preparados; porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis."

**Pero también la voz de Cristo aquí tiene una advertencia**. "**Todos pereceréis igualmente**." "No," dirá alguien, "no igualmente. No todos seremos aplastados; muchos de nosotros moriremos en nuestras camas. No todos moriremos sofocados o de hambre y deshidratación bajo escombros; muchos de nosotros cerraremos tranquilamente nuestros ojos." Ay, pero el texto dice, "**Todos pereceréis igualmente**."

Y déjenme recordarles que algunos de ustedes pudiesen perecer de una manera idéntica. No tienen ninguna razón para creer que no pueda ser así. Pero ojalá y ¡Que la muerte inesperada sea para ustedes gloria súbita! Pero, venga la muerte de la manera que venga, hay aspectos en la que vendrá a nosotros de la misma manera como les ha venido a quienes sufrieron esos accidentes. **En primer lugar, vendrá con toda seguridad**. Ellos no hubieran podido escapar del perseguidor, no importa cuán rápido viajaran. Ellos no hubieran podido escapar de la saeta, no importa a qué lugar hubieran ido, escondiéndose de casa en casa, cuando su tiempo les llegó. Y nosotros pereceremos así. No hay exoneración en este camino; no hay escape por ningún atajo para ningún individuo; no hay ningún puente sobre este río; no hay ningún bote en el que podamos atravesar sin mojarnos los pies.

Bien, entonces, como la muerte les llega a ellos y a nosotros con certeza, **En segundo lugar así vendrá tanto a ellos como a nosotros poderosa e irresistiblemente**. Cuando la muerte los sorprendió, ¿qué ayuda tuvieron entonces? ¿Qué podían hacer para ayudarse unos a otros? Quizás estaban trabajando, o quizás durmiendo: Se escuchó un grito, y antes de que se hubiera gritado una segunda vez, ellos fueron aplastados y destrozados. El esposo trata de rescatar de los escombros a su esposa, pero pesados bloques de concreto han cubierto su cuerpo; él la llama y le grita. Quizás con gemidos de dolor le responde, pero él no puede hacer nada. Poco a poco su voz se va apagando ante la impotencia de él ; no puede hacer nada. Pasan las horas y aunque ha visto a uno y a otro que han sido rescatados con los huesos rotos de en medio de la masa de escombros, él tiene que dejar el cuerpo de su esposa allí.

Ellos no pudieron resistir; ellos hubieran podido hacer lo que quisieran, pero tan pronto llegó el momento, siguieron adelante, y el resultado fue la muerte. Lo mismo sucederá con ustedes y conmigo; pueden sobornar al médico con los honorarios más altos, pero él no podría poner sangre fresca en sus venas; pueden pagarle grandes cantidades de oro, pero él no podría lograr que el pulso diera otro latido. ¡Muerte, irresistible conquistadora de hombres, no hay nadie que pueda prevalecer contra ti; tu palabra es ley, tu voluntad es destino! Así vendrá a nosotros como les llegó a ellos; vendrá con poder, y ninguno de nosotros podrá resistirla.

Cuando la muerte llega no acepta demoras. Así vendrá a nosotros. Podríamos tener un aviso más anticipado que ellos, pero tú debes irte, el Señor manda por ti, y Él no soporta demoras. No, aunque tu familia esté dispuesta a sacrificar sus vidas para comprarte una hora de tregua; Aunque una nación se dé en sacrificio voluntario, para darle a su soberano otra semana adicional a su reino; Aunque la congregación completa consienta voluntariamente ayunar y orar por semanas, para salvar la vida de su pastor por otro año, no se puede alcanzar. La muerte no acepta demoras; el tiempo ha llegado, ya no habrá forma de posponerla. Todas tus oraciones ni todas tus lágrimas pueden agregar un segundo a tu vida. **Y luego, nuevamente, recordemos que la muerte nos llegará a nosotros como les llegó a ellos, con terrores**. Tal vez no con el estruendo del concreto quebrado o de vigas retorcidas; o tal vez no con la oscuridad de la trampa donde quedaron muchos; tal vez no con los gritos de las mujeres y los gemidos de los moribundos, pero sin embargo con terrores. Pues encontrarse con la muerte donde sea, si no estamos en Cristo, es algo horrendo.

Sí, amigo, aun con suaves almohadas bajo tu cabeza, y el brazo tierno de tu esposa para sostenerte, y una dulce mano para limpiar el sudor frío de tu cuerpo, encontrarás que es un trabajo terrible enfrentar al monstruo y sentir su aguijón, y entrar en sus espantosos dominios. Es un trabajo terrible en cualquier momento, bajo las mejores y más propicias circunstancias, que un hombre muera sin preparación.

Y ahora quisiera enviarlos de regreso a casa con un pensamiento que se quede grabado en su memoria: nosotros somos criaturas moribundas, no criaturas vivientes, y pronto nos habremos ido. Tal vez, estando yo de pie aquí, y hablando profanamente de estas cosas misteriosas, pronto se extenderá esta mano y cerrará mi boca; Pero sea cual sea la hora, quiera el Señor que nunca nos encuentre desperdiciando el tiempo, que más bien nos encuentre orando en comunión con el Señor, cantando himnos al hermoso SALVADOR; haciendo obras de misericordia a los pobres y a los necesitados; o cargando en mis brazos a los pobres y a los necesitados del rebaño; o consolando al atribulado; o predicando el Evangelio a los oídos de las almas sordas que están pereciendo.

Que el Señor encuentre nuestras almas con su vestido de bodas; con su lámpara preparada y su luz encendida; lista para ver a su Dios y entrar en el gozo de su Señor!

Oh amigo, muchos de ustedes conocen el camino de salvación; lo han escuchado a menudo, pero óiganlo de nuevo. "El que cree en el Señor Jesús, tiene vida eterna." "El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado." "Cree en tu corazón y confiesa con tu boca." Que el Espíritu Santo les dé gracia para hacer ambas cosas, y habiéndolo hecho, puedan decir:

**¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo. (I Cor. 15:55-57)**